

yo, distraída la vista,
ví el bastidor; y me dieron
ganas de llorar de ira

contra mi mismo, al mirar
el pañuelo de batista
del bastidor, que la pobre
bordó cuando yo leía.

Mientras yo, como un chiquillo,
por orgullo no cedía,
mi nombre habían bordado
aquellas manos queridas!

IV

De nuevo nos enfadamos,
no me acuerdo por qué causa;
ella se sentó al balcón,
yo en silencio paseaba.

Me daba pena la pobre
y quise desenojarla,
y me puse junto á ella
á mirar lo que miraba.

—¿Miras el jardín? Parece
que las ramas son de plata
á la luna.—Y sin mirarme,
distráida:—Ah, si... las ramas.

—¿No oyes la fuente? De noche
se oye más, parece que habla
el agua... Y ella, muy seria,
sin mirarme:—Claro, el agua.

Quise ceder; me senté
junto á ella y contemplándola
para que eso la agradase
la pregunté:—¿Qué te pasa?

Siguió seria y se calló,
pasó un rato, esperé y... nada;
entonces me levanté
y me senté en otra estancia.

Y allí acordándome de ella
y sufriendo por dejarla,
pensé que no me quería
cuando no me perdonaba.

Al cabo de un rato vino
con silenciosas pisadas,
y se acercó cariñosa
y me dijo:—¿Qué te pasa?

J. ORTÍZ DE PINEDO

**El Vesubio
y San Francisco de California**

(Conclusión.)

Todo, completamente todo había
desaparecido; puesto que lo poco que
quedaba en pié después de la conti-
nua estrepitación, sólo serviría para
el recuerdo de aquellos días en que
conmemorando suceso de tal impor-
tancia, demostraría á los supervi-
vientes de aquel a catástrofe el casti-
go que les había impuesto la masa
terrestre.

La ruina externa en todas sus fa-
ses, sólo una quinta parte de la gran
ciudad habíase quedado victoriosa
desafiando los rigores de tal trascen-
dencia, y acumulando para sí los da-
tos más completos de la tremenda
jornada sísmica, cuya violencia ex-
traordinaria arremató por completo
con la vida efecto-manual de San
Francisco de California.

De excelente posición geográfica,
disputábase ésta todo el tragín del
gran comercio del Pacífico, habién-
dose hecho señora en estos últimos
años de la extensa costa marítima
de toda la América sajona y del gran
comercio del Asia meridional.

Dicha ciudad, situada en la región
occidental de los Estados Unidos, y
emplazada en el extremo septentrio-

nal de la península costera, que toma
su curso de S. á N. ó la bahía del
mismo nombre y que limita con el
estrecho del Galdea Gate (Puerto de
Oro) que le separa de otra península
que se proyecta de N. á S., era sin
disputa alguna el emporio del comer-
cio, el centro de las grandes creacio-
nes de la ciencia norteamericana.

La industria había recibido el im-
pulso de todas sus fuerzas protecto-
ras. Después estaba á seguir su
obra hasta el confin de las grandes
notabilidades de la ciencia humana,
y por lo tanto á reseñar en sus ar-
chivos los misterios de la naturaleza,
las transformaciones que descritas
en tantas y tan importantes biblio-
tecas, siempre acallaron la condición
de viejos profetas.

Las grandes fábricas, los inmensos
edificios, las soberbias construccio-
nes de la ingeniería moderna, todos
aquellos grandes hoteles, magestuo-
sos palacios de la industria, han sido,
sin contemplación de gerarquías,
convertidos en un montón de escom-
bros, sepultando al mismo tiempo
entre sus ruinas un sinnúmero de
personas, cuyos cálculos, los más
aproximados, arrojan un total de más
de 200,000 víctimas, todas ellas cau-
sadas por el gran fenómeno sísmico,
que estremeciendo la corteza terre-
stre acrisoló en sus entrañas aquella
opresión atmosférica, que más tarde
había de ser la desaparición total de
San Francisco de California.

Fué ésta fundada en 1775 por los
pabres franciscanos españoles, sien-
do por lo tanto América y Asia; cons-
tituyendo por tal motivo una metró-
poli de primer orden en importancia
industrial y en el desarrollo mercan-
til de sus instituciones sociales.

Este ha sido el fin trágico de una
gran ciudad cosmopolita, siendo sus
causas principales el gran terremoto
acaecido el 18 del mes pasado.

He aquí sus terribles efectos.
Ninguno de los cataclismos que
acontecen en el globo tienen punto
de comparación con los grandes es-
tragos que puede producir una de
esas terribles oscilaciones interiores.

No siempre los temblores de tierra
van precedidos de señales que los
anuncien, pues muchas veces (como
ahora ha sucedido) ocurren cuando
todo aparenta tranquilidad en el ex-
terior. Jamás puede fijarse su dura-
ción, porque tiene con frecuencia
varias sacudidas; pero la destructo-
ra y fatal oscilación sólo es obra de
algunos segundos, siempre la más
temible la primera que se experi-
menta.

Los terremotos son de consecuen-
cias incalculables; unas veces hunden
islas y pueblos, otras levantan
montañas y mudan por completo la
faz de la tierra; saliendo muchas ve-
ces de las grietas que en el terreno
se abren, erupciones de vapores de
agua hirviendo, gases y hasta esco-
rias y materias candentes.

También los buques en alta mar
experimentan los mismos temblores
de la tierra...

Estos son los últimos hechos que
llenarán infinidad de páginas en la
historia de los grandes acontecimen-
tos, dejando para tiempos inmorta-
les las dos grandes fechas que resen-
tidas por sus funestas consecuencias
se presentarán siempre ante los ana-
les de la humanidad como sentenci-
adores de una ley sísmica.

El 11 y el 18 de Abril de 1906 ser-
virán para el recuerdo de muchos
que en vida llorarán las consecuen-
cias del infortunio; el desarrollo de

ciertos fenómenos que atraídos por
la reunión de grandes cuerpos de
gravitación subterránea, dejan en el
hogar más humilde la desolación y
la miseria.

Descansen en paz los que fueron
víctimas del trabajo y de la ciencia,
las que para los sucesivos llenarán
páginas tristes de la Historia patria.

MANUEL ALBÍ

Valdepeñas, 1906.

En la muerte de Manuel del Palacio

¡De luto está la lira castellana,
murió el vate sin par, el gran coloso;
el que en soneto grave y armonioso
al profundo saber, la gracia hermana.

De aquella inspiración bella y galana,
manantial de su numen poderoso,
¿qué ha dejado el arcano pavoroso?
¿qué resiste su fuerza soberana?

El mundo que le aplaude y galardona;
su gloria que penetra en el Parnaso
ostentando del genio la corona;

las musas que se postran á su paso,
mientras su nombre vá de zona en zona
unido al de Quevedo y Garcilaso.

ENRIQUE VÁZQUEZ DE ALDANA.

Madrid—Junio 1906.

El envejecimiento natural del vino

Terminada la fermentación del
mosto, se traspasa el vino á los reci-
pientes de conservación, donde ter-
mina la fermentación lenta. En la
bodega, esos recipientes, toneles, por
ejemplo, se colocan horizontalmente,
cubriendo su orificio con un lienzo
ó trapo limpio que impida la entrada
del polvo y demás impurezas del ai-
re. Los frecuentes rellenos son re-
comendables, á fin de evitar la ace-
tificación ó la formación de las flores.

En estas condiciones, el vino entra
pronto en un periodo de reposo, du-
rante el cual tiene lugar la clarifica-
ción espontánea del mismo. El tani-
no y los principios albuminoideos se
combinan entre sí y se precipitan,
arrastrando consigo las materias mi-
nerales que se encuentren todavía
en suspensión.

Los primeros fríos favorecen la
precipitación del tártaro y activan la
clarificación natural del vino. En el
mes de Diciembre, el primer trasiego
elimina del líquido las grandes he-
ces. En Marzo, el segundo trasiego
separa todavía una gran proporción
de fermentos inútiles ó perjudiciales.
Aconsejase practicar un tercer tra-
siego á fines de Junio. En estas con-
diciones, el vino puede soportar los
calores del verano, sin peligro de las
fermentaciones secundarias.

En Septiembre, debe practicarse
un nuevo trasiego. En esta época,
deben rellenarse todos los recipientes,
haciéndoles girar después, hasta
que se coloque lateralmente su ori-
ficio.

Estos trasiegos sucesivos elimi-
nan, en cada estación, los diversos
elementos que se depositan en los
periodos intermedios, ayudando, en
cierto modo, á disminuir las materias
de origen orgánico ó mineral. Cuando
se practican en contacto del aire, ejer-
cen en muchos casos, una acción be-
neficia sobre el vino.

El principal objeto de los rellenos
es privar del oxígeno del aire á los
fermentos patógenos anaeróbios,
siendo el resultado principal de los

trasiegos, entorpecer la evolución de
los mismos.

En el segundo y tercer año, los bo-
degeros franceses no practican más
que dos trasiegos: el primero á fin de
invierno, en Marzo, y el segundo en
Septiembre, antes de empezar la ven-
dimia.

Cuando el vino necesite, como
complemento de su elaboración, la
clarificación, debe realizarse ésta con
gran prudencia, á fin de no privar al
vino de los principios necesarios para
su conservación y evitar la sobre-
Clarificación que puede introducir en
el líquido materias fermentescibles.

Los fenómenos de oxidación son
mucho más activos en los recipientes
pequeños que en los grandes, por
ser comparativamente con el volu-
men, mayor la superficie de los primi-
eros; por tanto, no es indiferente
la capacidad de los recipientes de
conservación.

En las regiones templadas se pre-
fieren los recipientes pequeños, y por
el contrario, en las meridionales, se
eligen como depósitos de conserva-
ción los vasos vinarios de gran capa-
cidad, fundándose en que la elevada
temperatura de estas regiones pro-
voca un rápido, intenso y prematuro
envejecimiento del vino.

A JESUS EN EL SACRAMENTO

Dedicada al inspirado vate Manchego

Don Manuel Recuero

¡Foco de luz peregrina!
Al brillo de los fulgores
Que de ese nido de amores
Irradia tu faz divina,
Mi ceguera te imagina
Preso por amor vehemente
Hacia el hombre, y te presiente
Con fé tal, que no te veo,
Pero te creo, te creo
En esa Hostia presente.

¿Que importa que la razón
Altanera y orgullosa,
Tu presencia milagrosa
Niegue, si mi corazón,
Con torrentes de ese don
Que al alma ha trasfigurado,
Reconoce enamorado,
Que aunque misterio profundo
Eres tu la luz del mundo
Desde ese viril sagrado?

Dicen que tanto miró
Un sabio el disco de fuego
Del sol, que quedose ciego
Cuando estudiando pensó,
¡Mi Jesús! no quiero, no,
Estudiar ese tesoro,
Que aunque ciego no te ignora,
Pues me afirma tu presencia
Divina y segura ciencia
Y no te estudio ¡te adoro!

Porque por la fé instruído
En esa Hostia bendita
Tu magnitud infinita
Humilde adoro y rendido.
Hostia convertida en nido
De tus amores y anhelos,
Que en eucarísticos velos
Oculta el eterno Ser,
Que no puede contener
La inmensidad de los cielos,

Es su nítida blanca
Que la nieve mancharía,